



Guía de lectura

Vanessa Montfort

La hermandad de las malas hijas



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Mónica entrena perros para la Policía Nacional, aunque siempre ha querido ser detective, y debe lidiar con una madre que llama permanentemente su atención. A raíz de la extraña muerte del paseador de perros del barrio, se encargará de investigar qué sucedió recuperando el contacto con su grupo de amigas de la infancia, ya que sospecha que sus madres ocultan algo. Se hacían llamar «las malas hijas» y, aún hoy, no consiguen sentirse lo suficientemente buenas: una actúa

como madre de su propia madre; otra se sintió abandonada por su progenitora; otra nunca ha escuchado que esté orgullosa de ella...

¿Conseguirán reconstruir sus relaciones maternofiliales como mujeres adultas? ¿Descubrirán el misterio de la muerte de Orlando? Estos enigmas se resolverán bajo la atenta mirada de los perros que paseaba, quienes también tendrán mucho que decir sobre cómo manejamos las relaciones humanas.

CUANDO MAMÁ ERA CASA...

*«A los siete años le dices: mamá, te amo.
A los diez: mamá, te quiero.
A los quince: mamá, déjame en paz.
A los dieciocho: quiero irme de esta casa.
A los cuarenta: mamá, no me controles.
A los cincuenta: no te vayas, mamáita.
A los setenta: cuánto daría por estar cinco minutos contigo, mamá».*

Así resume uno de los protagonistas el lazo que nos une con nuestras madres, un lazo inquebrantable que no pocas veces parece estar a punto de romperse. Crecer provoca en nosotras la necesidad de tomar nuestro propio camino y alejarnos de la herencia que a menudo rechazamos, una forma de reivindicar que tenemos derecho a ser nosotras mismas, una independencia reclamada y necesaria que con la edad aprenderemos a conquistar más o menos sanamente. Llegado el momento, cortaremos el cordón

umbilical, pero no para alejarnos, sino para dejar de cargarlas con nuestro peso emocional.

«... las madres, con sus cuidados, son los primeros seres humanos que nos hacen sentirnos deseados».

«El error está en pensar que la madre que te crio bien o mal tiene que seguir haciéndolo ahora, en el futuro. Hay que reconstruir esa relación, pero desde dos adultos que tienen que adaptarse a sus nuevos roles. Y dejar que ellas conozcan a ese yo que, sí, claro que es consecuencia de nuestra crianza, pero también de cómo nos hemos construido nosotros mismos después. No echemos balones fuera, compañeros... Ese yo en el que nos hemos convertido, si no dejamos que lo conozca ni siquiera nuestra madre, acaba sintiéndose solo. Y desconectado de ella y del mundo».

Tras documentarse a través de entrevistas para tomar notas del natural (como hiciera con *Mujeres que compran flores*) y con psiquiatras expertos en terapias familiares, Montfort ha logrado dibujar en *La hermandad de las malas hijas* cuatro nuevos prototipos de relaciones maternofiliales que podemos identificar en la actualidad y en los que la gran mayoría de los lectores se verá reflejado.

La dependencia, el chantaje emocional, la deuda afectiva, la dificultad de ser madre y tener que cuidar de tu propia madre, la sospecha o incluso la certeza de no ser lo que ellas esperaban, de no cumplir sus expectativas, el abandono (de madre a hija y viceversa), la culpa... son algunos de los temas que la autora desarrolla en las páginas de esta novela.

Esta es también una historia generacional pero de dos generaciones.

El reencuentro de un grupo de amigas que provoca otro, el de las hijas con sus madres, que pertenecen a otra generación: muchas pasaron de ser niñas a

mujeres y madres de la noche a la mañana, sin que nadie las guiase y las cuidara. Que fueron ellas las que les dieron alas a pesar de que sabían que las dejarían solas. ¿O no lo sabían? Que tejieron un hilo para guiarnos por un laberinto de libertades recién conquistadas. Y que no hay por qué sentirse una mala hija por no ser perfecta pero tampoco debe de sentirlo una madre. Un diálogo nunca surge de los reproches.

La hermandad de las malas hijas es una historia original con una fuerte carga psicológica. Una lectura alegre y tierna a veces, y otras profundamente íntima y crítica. Un homenaje a la madre de carne y hueso, a las nuestras, pero también a esas hijas que lo hacen lo mejor que pueden, a nosotras. Un regalo para compartir que puede ser la llave que abra una ventana al diálogo sentimental: ¿qué le dirías a tu madre que no le hayas dicho nunca? ¿Qué crees que ella te diría a ti si pudiera? ¿Ha llegado la hora de hacerlo?

LOS PERSONAJES Y SUS RELACIONES

MÓNICA. La hija «parque de atracciones». Siente que, haga lo que haga, no conseguirá saciar las demandas de su madre. Elisa se apropió de ella cuando nació y su padre se autoexcluyó. Lo que significa que, cuando surge un conflicto, al menos a ojos de su madre, debe posicionarse sí o sí a su lado. O al menos no en contra. La consecuencia es que, en cuarenta y cinco años, apenas recuerda momentos de intimidad con su padre. Ahora intenta cortar el cordón umbilical antes de que la estrangule.

En cierto modo, se ha rebelado alejándose de su madre en cuanto a la forma de ser: según Elisa, su hija es incapaz de no hacer todo lo que le mande un experto al pie de la letra. Aunque discute con su progenitora, la mayoría de las veces calla porque sabe que es mejor no remar en medio de la tormenta. También que darle la razón en uno de sus momentos incendiarios sería como avivar las llamas de un fuego.

MASCOTA: Fiera, una chihuahua que parece un rottweiler a escala bonsái con un extraordinario olfato (colabora con la policía rastreando estupefacientes).

«No podía soportar que la utilizaran de ONU y menos en un conflicto bilateral tan enquistado como el del golfo Pérsico (...) una hija nunca debería ser el corveidile de los reproches entre sus padres. Ni siquiera de adulta. Eso nunca se lo hicieron cuando era niña y suponía que habrían tenido sus roces. Por lo mismo, también había cosas que nunca se le deberían contar a una hija, pensó. Por ejemplo, aquello de cuando supo que estaba embarazada y el médico, muy moderno, les preguntó si querían llevarlo adelante y que ella, muy heroicamente, dijo que por supuesto. Era igual a decirte: «Estás viva sólo porque yo quise y, por lo tanto, me la debes... tu vida». Aunque lo que peor llevaba eran sus puntos suspensivos. Ese “algún día te contaré algunas cosas...” que había soltado unas cuantas veces a lo largo de la vida y que le creaba una intriga angustiada. ¿Con qué monstruos desconocidos había convivido y se ocultaban dentro de los armarios?»

ELISA. La madre controladora. Le cuesta distinguir dónde termina ella y dónde empieza su hija. Hubo un tiempo en que le compraba la ropa, hasta que un día, Mónica vio en el espejo una imagen calcada a su madre: ahí comenzó una rebeldía juvenil contra su progenitora que ha llegado hasta los cuarenta.

Si Elisa pudiera elegir un programa de televisión sería un reality protagonizado por su hija, donde su niñita demostraría que no hay nada para lo que no sea apta. Le gusta quejarse de que el mundo actual va a peor... y suele entrar en una espiral de negatividad que aterriza con frecuencia en la ira cuando no consigue lo que quiere.

Es de esas personas que mira el mundo desde esa inteligencia superior que pone todo en tela de juicio. Es el espíritu de la contradicción, y en su hija se ve el reverso de esta y otras de sus actitudes. Es una maestra de la intriga, también una gran contadora de historias que dota a sus relatos de una épica fascinante.

MASCOTA: una gata leopardada llamada Isis que tiene todos los atributos de la diosa.

GABRIEL. El hijo-droga. Dependiente de la dependencia de su madre, lo que más teme son sus silencios. Incapaz de descifrar el secreto de la tristeza en su casa, siempre se ha sentido culpable por haber dejado a su madre sola cuando eran pequeños —tiene una hermana—: sus padres se separaron y cuando se les preguntó durante el juicio, los niños eligieron vivir con su abuela paterna. Ciertamente que Dolores les tenía algo abandonados, pero en su momento no supo entender lo que sucedía realmente, y esa es su herida más profunda. Con doce años, Gabriel fue consciente de que su madre caminaba por el filo de un abismo y quiso modificar su declaración para irse a vivir con ella, alegando que la necesitaba. En realidad, sabía que era ella quien lo necesitaba a él. Desde ese día, la dependencia entre ambos se solidificó como el cemento.

«Hacia más de un año que llegaban al colegio sin la merienda y tenían que conformarse con la limosna que le ofrecía un compañero colocando el pulgar por la marca donde podía morder su bocadillo; muchas tardes los dos hermanos se pasaban casi dos horas esperando en la garita del conserje del San Ignacio con el colegio ya cerrado y los ojos de dos cachorros abandonados porque se olvidaban de recogerlos; por otro lado, sus padres habían empezado a beber: él, por la vergüenza que le producía haber perdido el trabajo y Dolores porque no podía con más. Cuando por fin se atrevió a confesárselo a su mujer, los hermanos empezaron a dormir abrazados para taparse los oídos el uno al otro y no escuchar las broncas en la cocina».

DOLORES. La madre-hija. La ausencia de su hijo le provoca síndrome de abstinencia porque le ha convertido en su salvador y su única razón para vivir. Medicada por una depresión, ha llegado a convertirse en una adicta a las pastillas y al alcohol, agorafóbica y asfixiada por miedos infundados. Para atraer la atención de su hijo ha llegado a fingir falsas tentativas de suicidio. La cabeza de Dolores es una montaña rusa sin cinturón de seguridad. Ha tenido una vida difícil y, como escape, Dolores cayó en la adicción y un día se vio sola, sin marido ni hijos.

Antes de esto, sus hijos la recordaban como una abeja atareada, entrando y saliendo, e inventándose juegos para divertir a Gabriel. Pero, poco a poco, cuando tuvo que empezar a acostar a su marido después de acostar a su hijo, su expresión se volvió distraída y pesada, comenzó a esconder pastillas en el costurero y Gabriel tuvo que empezar a inventarse sus propios juegos en la plaza.

MASCOTA: Oxitocina, un *bulldog* con diabetes, fatigado y cariñoso. Desde que Dolores lo tiene parece estar viviendo un momento insólitamente estable, y eso para Gabriel se convierte en un extraño paréntesis donde respirar.

RUTH. La yonki del afecto y la aprobación materna. Dice que siempre ha sentido vacío de ella. Necesita averiguar en qué canal está su madre para conectar con ella y que la conozca, pero con Margarita eso no es fácil: carece de cobertura emocional. O eso parece. Nunca hace nada que la satisfaga, y su madre jamás pierde oportunidad para darle una de sus estocadas haciéndoselo saber. «Los inútiles de sus hermanos», como llama Margarita a sus dos hijos menores, habitan los pisos de la familia sin aportar nada, lo que a Ruth le indigna.

«El cuello de Margarita se tensó como si estuviera sentada en la silla eléctrica y murmuró con los dientes apretados: “¿Y tus hermanos?”. Pero Ruth ya no podía parar: pues que pagaran por una vez o se buscaran otro sitio. Entonces su madre le clavó esos ojos de color mármol: “A ver si lo dejamos claro: mientras yo viva, nadie tiene derecho a opinar sobre esto” (...) Pobrecitos..., se dijo Ruth, rabiosa, sus hermanitos. Que vivían gratis en un lugar que ella nunca se podría permitir y al que su madre podría sacar un rendimiento para algo tan indigno como estar tranquila. Lo más irónico era que, aun así, se daban el lujo de guardar con ella lo que llamaban “una distancia de seguridad”. Es decir, visitarla lo justo, porque había sido “muy rígida”, lloriqueaba uno, y porque “siempre busca la forma de reprocharte todo”».

MARGARITA. La madre sin cobertura emocional. Incapaz de transmitirles afecto a sus hijos de manera efectiva, lo único que parece haberles ofrecido es una vida acomodada. Clasista y fría, al quedar viuda se mostró fría como un témpano, no sabe escuchar e interrumpe las conversaciones con banalidades que intentan ocultar cuán terriblemente embarazosa le resulta la intimidad.

MASCOTA: un lobo blanco llamado Bowie de ojos dispares —verde y azul— a quien Margarita demuestra las emociones que no es capaz de mostrar a su hija.

SUSELEN. Hija no deseada, al menos según ella. Ha necesitado establecer una distancia de seguridad con su madre para protegerse. De adolescente era andrógina y esquelética. Convertida en una famosa diva, ahora es todo lo contrario: una mujer poderosa a la que le gusta hacerse notar, pero que jamás siente el cariño suficiente.

Casada y con una hija, parece sonreírle la fortuna. Lo único que no va bien en su vida es la relación con su madre, a quien no puede perdonar ni comprender la crueldad con la que siempre la ha tratado, incluso cuando tuvo a su hija Dafne.

«¿Qué temes, Suselen? El sueño ya es tuyo», se reprochó indignada porque sintió terror a que aún pudiera ensombrecérselo. “Recuerda”, escuchó la voz de su terapeuta, “eres tú quien le das poder” (...) Se vio reflejada en el escaparate de la tienda como un siniestro recortable al que no le encajarían nunca esos tutús, esas medias color pastel, las suaves gasas transparentes destinadas a cubrir el culo musculado e inexistente, y las zapatillas de punta de raso rosa. A ella siempre la obligó a vestirse con mallas negras y una camiseta que disimulara sus formas con la excusa de que no tenía chicos para que dieran clase las mayores».

ÁGATA. Madre narcisista. La bailarina no tolera que su hija, Suselen, le robe el más mínimo protagonismo. Su apodo, «el cisne negro», lo cuenta todo de ella: de aspecto frágil, es tan dura como una talla de madera y crudelísima en sus afectos. Siempre se empeñó en vestir a su hija como si fuera un muchacho y, por cómo le habla y trata, siente por ella un gran desprecio. El problema es que nunca quiso ser madre, cosa que ha acabado reconociendo ante su hija.

MASCOTA: Pavlova, una galga atigrada y anoréxica muy reservada con los extraños. Castañatea los dientes en presencia de hombres por culpa de los recuerdos que la llevan a días de cacerías y maltrato.

AQUEL MADRID Y LA CULTURA POP QUE COMPARTIMOS

La Plaza de Oriente se convierte en un personaje más, un personaje de leyenda. Desorientada, como sus personajes, y que ha sufrido los cambios del tiempo. Una desorientación que marca la relación entre unas madres que sienten que han dejado de serlo y unas hijas que, erróneamente, se convierten en madres de sus madres.

«La plaza... Había sólo cuatro en el mundo con ese nombre, pero, de todas, la plaza de Oriente de Madrid era la única orientada a Occidente como una brújula estropeada. Quizá por eso a lo largo de los años fue uniendo tanto como desorientó a quienes la habitaron. Gracias a eso también les regalaba delirantes atardeceres con los que soñar o enamorarse».

Las madres fueron una vez fuertes y valientes a ojos de sus pequeñas, fueron mujeres antes de que ellas llegaran al mundo. Fueron ellas quienes vivieron bajo una Dictadura, fueron a la universidad y corrieron delante de los grises mientras pregonaban ideologías que denunciaban la represión y la necesidad de libertad. A pesar de todo, no todas pero sí muchas, volvieron a sus casas tras las primeras conquistas y hoy, cuando sus hijas han volado del nido, se preguntan dónde se quedaron sus vidas porque el espejo de sus hijas amplifica sus frustraciones.

Las madres de esta novela fueron zarrandeadas por unos vientos de cambio que agitaron la Transición. Y entonces, en medio de aquella vorágine, descubrie-

ron cuánto estaba cambiando el Madrid señorial y herido desde la posguerra. Cada vez éramos más modernos y la plaza de Oriente, que en el fondo ha seguido siendo la misma, con sus reyes godos vigilando desde el pasado, su Teatro Real y sus cafés antiguos, vivió quizás su mayor transformación a raíz de su condición de peatonal en la década de los noventa.

«Margarita siguió recordando: por aquel entonces esa pastelería se llamaba la Tahona del Espejo, como el nombre de la calle, y las ruinas que se veían ahí, bajo el suelo de metacrilato, eran las antiguas murallas que defendían Madrid (...) Pero para Margarita aquel lugar era un placer culpable: le gustaba por sus tartaletas de hojaldre en forma de cisne, porque se columpiaban en el aire melodías barrocas y porque, en su día, allí bajaba a comprar el pan Mariano José de Larra. No dejó de hacerlo ni siquiera el día en que se voló la cabeza sobre uno

de sus libros, ¿sabía eso?, justo en aquella casa, y señaló con su dedo huesudo unos balcones».

Los libros de Enid Blyton; *La historia interminable*, que todos los de varias generaciones leímos, emulando a Bastián Baltasar Bux; *Barrio Sésamo*, los dibujos de Hanna Barbera, la señora Fletcher, *Dallas*, las series que veían nuestros padres y compartían con nosotros, *Dinastía* o *Falcon Crest*; el David Bowie que para los niños de entonces se convirtió en el rey de los duendes (*Dentro del laberinto*); Indiana Jones y el primer eslabón de nuestra cultura cinéfila... Esa cultura a la que ellas abrieron la puerta formó parte del paisaje de una ciudad también compartida: en la Joy Eslava hemos bailado madres e hijas y ambas hemos cerrado bebiendo El Anciano Rey de los Vinos o el Caripen, ese antiguo tablado de Lola Flores...

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

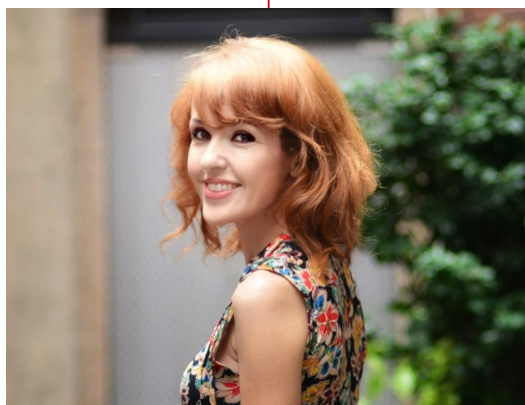
1. Vanessa Montfort regresa con una lectura que, en cierto modo, es heredera de *Mujeres que compran flores*. ¿Leísteis esa novela anterior?
2. En *La hermandad de las malas hijas*, la autora retrata cuatro tipos de relaciones maternofiliales: ¿podrías reconocer de qué cuatro tipos hablamos? ¿Cómo es la relación de cada hija con su madre?
3. ¿Qué relación os parece la más sana? ¿Y la más tóxica? Podéis abrir un debate en torno a este tema.
4. ¿Cómo se reflejan en Mónica, Gabriel, Suselen y Ruth los deseos y el entorno en que se criaron de niños? Hablemos de sus profesiones y de cómo sus personalidades cambiaron con el paso a la adultez.
5. Se hacen llamar «las malas hijas», ¿por qué? En general, ¿qué problema tienen con sus madres? ¿Tienen razón en sus demandas?
6. Desde el punto de vista de las madres, ¿cómo ven ellas la relación con sus hijas? ¿Cómo ha cambiado con el paso del tiempo?
7. ¿Hay alguna de las relaciones maternofiliales que sea insalvable? ¿Por qué? ¿Qué solución se plantea en la novela para ella?
8. La autora toca con delicadeza muchos temas de calado: la dependencia, el chantaje emocional, la deuda afectiva, la dificultad de ser madre y tener que cuidar de tu propia madre, la sospecha o incluso la certeza de

no ser lo que ellas esperaban, de no cumplir sus expectativas, el abandono (de madre a hija y viceversa), la culpa... ¿Os sentís identificados con alguno de ellos? Podéis elegir cada uno el que más os interesa y abrir una conversación en torno a los puntos seleccionados y ver cómo se reflejan en la novela.

9. Todos los reproches van a las madres, pero ¿qué pasa con los padres? Ellos parecen estar ausentes de esta lectura. ¿Qué ha sido de los progenitores? ¿Por qué no aparecen más que de refilón? ¿Cómo fue su comportamiento en la crianza de sus hijas?
10. ¿Refleja este tipo de educación, con predominio de la madre como cuidadora, una época? ¿Ha cambiado esto con el tiempo?
11. El grupo de las malas hijas se hacía llamar «Los Cuatro». ¿Os trae ecos de alguna lectura infantojuvenil? ¿Cómo encajan esos ecos en el género de esta novela?
12. Efectivamente, estamos ante una novela de corte *cozy crime*. ¿Qué opináis de este subgénero? ¿Podrías hablar de sus características principales? ¿Qué otras referencias os vienen a la cabeza?
13. ¿Por qué se meten a detectives «Los Cuatro»?
14. La figura de Orlando, el paseante de perros, es todo un misterio. ¿Quién era en realidad este hombre? ¿Qué le une a cada una de las madres? ¿Cómo era la relación con ellas? ¿Por qué emparejaba mascotas con dueños?
15. ¿Qué importancia tienen las mascotas en la novela? ¿Por qué creéis que la autora ha decidido introducir este elemento?

16. Hay otro misterio, en este caso mucho más grande, que descubrimos casi al finalizar la novela. ¿De cuál hablamos? ¿Cómo ha impactado en vosotros este descubrimiento? ¿Qué opináis de lo sucedido y de cómo se han comportado las implicadas?
17. Más allá de resolver todos los misterios, las malas hijas acaban descubriendo muchas cosas sobre sus madres. ¿Qué descubre cada una de la suya?
18. La novela traza un escenario compartido, en este caso es la plaza de Oriente de Madrid. Pero podría tratarse de cualquier otro. Es un escenario universal, así que... ¿Qué escenario sería en vuestro caso?
19. Hay un momento en que madres e hijas se encuentran: las madres jóvenes y cómo se comportaban en tiempos de universidad, bares... ¿Cómo se refleja esto en la novela? ¿Para qué sirven estos puntos de encuentro? ¿Qué aportan a la narración y a su mensaje?
20. A lo largo de la historia, se dan muchas referencias a la cultura pop del momento. ¿Os llega esta cultura? ¿La compartís con las protagonistas de la novela? ¿Qué recuerdos os trae?
21. ¿Creéis que con esta novela Vanessa Montfort ha recuperado el tono de *Mujeres que compran flores*? ¿Qué os parece el estilo de la autora? ¿Ha cambiado con respecto a su anterior novela? ¿Qué destacaríais de su manera de escribir? ¿Cuál es su sello personal?
22. Este libro es un regalo para compartir y puede ser la llave que abra una ventana al diálogo sentimental. Os proponemos una reflexión íntima: ¿qué le diríais a vuestras madres que no le hayáis dicho nunca? ¿Qué creéis que ellas os dirían si pudieran? ¿Ha llegado la hora de hacerlo?
23. ¿Le regalarías este libro a vuestra madre o a vuestra hija?

LA AUTORA



© Fox

VANESSA MONTFORT (Barcelona, 1975) creció en Madrid. Licenciada en Periodismo, es novelista y dramaturga. Considerada una de las voces más destacadas de la literatura reciente en lengua castellana, su obra está presente en veinticinco países, entre ellos Francia, Italia, Alemania, Reino Unido, Corea, Estados Unidos y toda América Latina. Es autora de *El ingrediente secreto* (XI Premio Ateneo Joven de Sevilla, 2006), *Mitología de Nueva York*

(XLII Premio Ateneo de Sevilla, 2010) y *La leyenda de la isla sin voz* (Premio Ciudad de Zaragoza. Mejor novela histórica del año, 2014). Después vinieron *Mujeres que compran flores* (2016), que confirmó su éxito internacional de crítica y público, *El sueño de la crisálida* (2019) y *La mujer sin nombre* (2020), basada en su propia obra de teatro, Firmado Lejárraga, que rescató del olvido la figura de la escritora María Lejárraga.

